

# GENTE DE PASO

A.P. Bolívar



Alas Ediciones

*El autor quiere expresar su gratitud hacia todos aquellos lectores valientes, como tú, que tienes el libro entre las manos.*

Primera Edición, 2016

No cometas la imprudencia de hacer uso de este texto fuera de la ética que todos tenemos en mente y nos esforzamos por mantener y entregar al mundo. Gracias.

Derechos reservados de la obra, A.P. Bolivar  
Derechos reservados de la foto de portada, Joe Llorente  
Derechos reservados diseño gráfico, Joe Llorente

Publicado por Alas Ediciones A.S.L.  
General Dávila 202B, 2A  
39006 Santander  
España  
[www.alasediciones.com](http://www.alasediciones.com)

ISBN: 978-84-22222-54-5  
Depósito legal: S. 10.323.1111  
Impreso en el sur de la península  
Diseño de colección: Joe Llorente

Este libro es fruto de un cultivo de idealismo propio de los que están muy locos. No sabemos si es sostenible, pero también es otra forma de cambiar el devenir de las cosas.

Te recomendamos, antes de emprender la lectura, visionar el video introductorio de *Gente de paso*, accediendo al siguiente enlace

<http://www.alasediciones.com/gdp/introduccion>



*A Fernando y Félix por darme alas.  
A Dieguito, por las cervezas y las palabras.*



*Manifiestos, artículos, comentarios, discursos,  
humaredas perdidas, neblinas estampadas,  
¡qué dolor de papeles que ha de barrer el viento,  
qué tristeza de tinta que ha de borrar el agua!  
Las palabras entonces no sirven. Son palabras.*

(Rafael Alberti, Nocturno)

*Estos días azules y este sol de la infancia...*

(Antonio Machado)

*tus labios eternos  
mi alegría  
un cálido otoño rojo  
y pastillas  
tu boca abierta  
mis ojos que miran  
aves migratorias  
y faldas cortas  
(Diego Garrido Stratta, Pensamientos subur-  
banos)*



## I. Efímeras

Lo peor fue la espera.

La mañana era fría. Comenzaba a clarear por encima de los edificios de la ciudad. Amanecía cada día un poco más tarde y el tráfico había recobrado ya su intensidad habitual.

Llegué al hospital antes de la hora. La cita era a las nueve y cuarto de la mañana. Yo estaba allí a las ocho y veinte. Desconocía los horarios de los autobuses y no quería llegar tarde. Además, apenas había dormido y no tenía nada mejor que hacer.

Entré en el vestíbulo y enseñé la documentación a una chica de chaqueta roja en recepción. Me indicó a dónde tenía que dirigirme. Primera planta: Consultas externas.

Era pronto aún. Hasta las nueve no dejaban pasar a la sala de espera de las consultas. Así que entré en la cafetería. Cogí una bandeja de plástico y un mantel de papel, avancé por el mostrador del autoservicio y en la caja pedí un café cortado y un vaso de agua.

-La leche ¿fría o caliente? -dijo la camarera

-Caliente, por favor.

-¿Algo más?

-No, gracias.

Le di un billete y al devolverme el cambio, la camarera me preguntó:

-Oiga, no tiene buen aspecto. ¿Le ocurre algo?

La camarera era una chica joven, muy morena y muy delgada. Vestía de uniforme. Un uniforme negro que le quedaba un poco holgado, sobre todo en las mangas. En la cabeza llevaba puesto un gorro de cocina que le recogía el pelo. No tendría más de veinte años.

-No, estoy bien. Gracias. He pasado una mala noche. No es nada.

Cogí la bandeja con el café, el vaso de agua, un sobre de azúcar y una cucharilla de plástico, y me senté al lado de uno de los ventanales de la cafetería. El ventanal daba al aparcamiento de empleados. A esa hora el aparcamiento estaba completo. Incluso había coches en doble fila.

Una mujer madura apresuraba el paso hacia las puertas de entrada del hospital. Colgada del hombro llevaba una gran bolsa de color rosa de la que sobresalía la cabeza de un animal. Al pasar junto al ventanal pude ver que era un perro. Una raza pequeña, de pelo rizado y color marrón rojizo. El perro me miró a través del cristal. La mujer también. Se parecían como dos gotas de agua.

Eché un vistazo al reloj de pared de la cafetería, apuré el café y retiré la bandeja.

La consulta se encontraba al final de un largo corredor en la primera planta. Un rótulo informaba sobre la especialidad y el pasillo: Oncología --> Z. Le di mi nombre a la enfermera del punto de citación y me dijo que esperara sentado un momento hasta que me llamaran.

La sala de espera estaba vacía. Era una habitación grande y sin ventanas, iluminada por tubos fluorescentes, y ocupada por varias filas de asientos y mesas bajas rectangulares en los extremos. Me senté en la primera fila. Al rato, por entretener la espera,

me levanté y me dediqué a leer los carteles de información pegados en las paredes. Uno decía: *Donación urgente de sangre. Banco de sangre 2ª planta*. Otro: *Tu medicación. Tu salud. Tu vida. Día de la adherencia e información de medicamentos. 15 de noviembre*. Y el último: *Biblioteca. ¿Dónde está? ¿Qué puedo leer? ¿Qué tengo que hacer para solicitar un libro?*

Ignoraba que hubiese una biblioteca en el hospital. Sentí curiosidad por visitarla. Quizá más tarde lo hiciera.

Volví a sentarme. Pasadas las nueve comenzaron a llegar otros pacientes. Nadie hablaba. Algunos hojeaban un periódico. Otros permanecían cabizbajos o con la mirada perdida en la pared. Una mujer mayor se sentó a mi lado. Vestía de forma elegante. Iba bien peinada y bien perfumada. Sin exagerar. Apoyaba su mano derecha en el pomo dorado de un bastón a pesar de estar sentada. Me dio los buenos días y me preguntó si habían comenzado a pasar consulta. Le dije que aún no habían llamado a nadie.

-¿Está usted mareado? -me preguntó-. Tiene mala cara.

-No. Estoy bien. Solo es falta de sueño.

-Entiendo.

Permanecemos unos segundos en silencio.

Al rato la mujer se volvió de nuevo hacia mí y me preguntó:

-¿Me permite que le haga una pregunta?

-Sí, claro, ¿por qué no?

-¿Ha oído usted hablar alguna vez de los efeméroides?

-¿Efe... qué? -pregunté desconcertado.

-E-fe-me-róp-te-ros -repitió más despacio la mujer-. Unos insectos blandos y frágiles, de pequeño tamaño. También se les conoce como efímeras o efémeras.

-No. Nunca oí hablar de ellos -dije-. ¿Por qué?

-Su vida adulta es muy corta. Viven unas pocas

horas o días como máximo. Sin embargo, y esto es lo más extraordinario, son los insectos alados más antiguos que existen. ¿No cree usted que esto los convierte en algo así como eternos?

No supe qué contestar.

Cuando me disponía a preguntar cuál era el sentido de todo aquello, oí mi nombre por megafonía y el número de la consulta a la que debía acudir.

-Disculpe -le dije-. Me llaman.

Me levanté de la silla. Noté en ese momento un agudo dolor en el costado izquierdo. La señora percibió mi gesto de dolor en el rostro y dijo:

-Piense en las efímeras. Hágame caso.

Los resultados de las pruebas fueron positivos.

## II. En pijama y zapatillas

De regreso a casa me paré en la panadería. Compré pan y galletas para el viaje. También algo de fruta en la galería del mercado: manzanas y plátanos. No tenía mucho apetito. La verdad era esa.

Lo demás, lo que fuera a necesitar, lo compraría de camino en los pueblos o ciudades en donde parara. Además, comería en restaurantes o en cafeterías. Cosas sencillas y económicas.

Nada más abrir la puerta del apartamento apareció Totó. Se frotó el cuerpo contra mis piernas y me saludó con un maullido suave. Me agaché y le acaricié la cabeza y el lomo.

Totó es un gato persa gris, con los bigotes y la parte inferior de las patas de color blanco. Un gato que se asemeja más a un pez que a un felino, por su mala memoria: no recuerda cuándo ha comido o si tiene todavía comida en el comedero. Siempre maúlla pidiendo más. Fui hacia el fondo de la cocina, levanté el bol y lo agité, como si lo acabara de llenar, y el gato apareció veloz entre mis piernas. Comenzó a comer nada más dejar el bol en el suelo.

Saqué de la nevera una pieza de salmón que había descongelado la noche anterior y la puse so-

bre la plancha caliente. Corté en rodajas un tomate, le añadí un poco de cebolla picada y unas aceitunas. Lo aliñé con aceite y vinagre, y en cuanto el salmón estuvo listo coloqué la ensalada y el pescado en una bandeja, me abrí una cerveza y me senté a la mesa en el salón.

Mientras comía hojeé algunos de los documentos que había solicitado al Archivo Histórico Nacional. Anoté nombres y títulos de libros, por si me eran necesarios o por si los podía encontrar y comprar durante el viaje.

Luego me preparé un café bien cargado y encendí un cigarrillo.

Exhalé una bocanada de humo y suspiré aliviado. El estrés y la angustia de los primeros días, mientras esperaba los resultados, habían desaparecido. Inopinadamente, la noticia no había incrementado mi desánimo. Al contrario, me encontraba muy tranquilo.

Cogí un folio y un bolígrafo, y realicé una pequeña lista de lo que debería llevar conmigo o de lo que no quería olvidar. Anoté camisas y pantalones, mudas, un neceser, el ensayo sobre *las bibliotecas en guerra*, el cuaderno de notas, la cámara de fotos y la grabadora, dinero en efectivo, pastillas y el pasaporte. Subrayé: comprar un mapa de carreteras actualizado. Entre paréntesis: (quizá también alguna guía turística). Importante: \*\*\* comida y arena para gatos.

Dejé el bolígrafo sobre el folio. Me guardé las llaves de casa en el bolsillo del pantalón, apagué el cigarrillo en el cenicero, entorné la puerta del apartamento para que Totó no pudiera salir y llamé a la puerta de enfrente del rellano. A la de mi vecino Chema.

Chema es asesor fiscal y trabaja en su casa. Por eso, casi siempre lo encuentro allí. Me cuida al gato cuando yo no estoy. Como muestra de agradecimiento le traigo siempre algún regalo de los lugares que visito.

Un licor o un dulce típico. Chema es muy goloso. Y además, le gustan los gatos.

Desde el rellano se escuchaba una radio encendida. Parecía música clásica, una ópera quizá, y provenía de la casa de mi vecino. Chema abrió la puerta tarareando aún una melodía y se sorprendió al verme.

-¡Hombre! –exclamó-. Tú por aquí a estas horas. ¿Qué tal? ¿Suced algo?

-No, no sucede nada. Solo quería contarte que me marcho unos días de viaje, por trabajo, y que dejo al gato a tu cuidado, si no te importa.

-No me importa. Ya sabes que para mí no es ninguna molestia. Además, Totó y yo nos llevamos fenomenal -dijo Chema con una sonrisa y un guiño.

-Ya conoces dónde está la comida y la arena, por si tuvieras que echar un poco más. El número del veterinario...

-Descuida, descuida. Sé dónde está todo. No te preocupes. ¿Vas a estar muchos días fuera?

-Un par de semanas, en principio. Si me quedara más tiempo, te avisaría.

-Entonces, ¿el trabajo va bien?

-Más o menos –dije.

Chema asintió con la cabeza. Tras unos segundos dijo:

-Oye, ¿te has enterado de lo del vecino del 5ºA?

-No, ¿qué ha pasado?

-Salió anoche a tirar la basura y aún no ha vuelto.

-Quizá tuviera ganas de tomar una copa y se le fue la hora. No es tan extraño –dije.

-¿En pijama y en zapatillas de andar por casa?

-Bueno... Eso cambia un poco la cosa. Aunque no sería la primera vez que veo a alguien de ese manera en un bar. Seguro que aparece enseguida.

-Tengo mis dudas. Esta mañana, al contarle abajo, en el bar mientras desayunaba, un cliente nos

decía al camarero y a mí que en España desaparecen treinta y tantas personas al día. Y a la mayoría –añadió Chema- no se la vuelve a encontrar.

-Eso es mucha gente, ¿no?

-Ya te digo.

-En fin. Me tengo que marchar, Chema. Gracias por ocuparte del gato.

-De nada, hombre. Vete tranquilo.

Por la tarde me acerqué a la redacción del periódico. Hablé con José Carlos, mi jefe. Le pedí permiso para ausentarme unos días fuera de la oficina. Le dije que necesitaba ese tiempo para encontrar a Wenceslao Mendizábal y entrevistarle. También quería tomar algunas fotografías de los sitios por los que Aurora Ríos había pasado. Como sabía que el reportaje era importante para mí y beneficioso para el periódico -y que pocas veces mi instinto se equivocaba- no puse ninguna objeción, pero sí una condición: entrevistar, a mi regreso, al nuevo delegado del Gobierno en Madrid, Arsenio López Huerta, y de paso preguntarle sobre las reclamaciones de los vecinos del barrio de las Letras.

De los resultados de las pruebas médicas no le dije nada.

En realidad, no le dije nada a nadie.

Antes de acostarme telefoneé a Sophie.

### III. Alfabetización

Esa semana, a causa de las lluvias y del granizo, se vinieron abajo varias chabolas. Sin embargo, pude dar quince clases, dice Wenceslao. Asistieron sesenta y cuatro soldados. Lo sé con certeza porque teníamos que mandar tres partes al mes, los días 10, 20 y 30, a la Inspección General en Valencia. Aún conservo los últimos formularios, los que no pude enviar porque no había a dónde enviarlos. Si quiere usted echarles un vistazo, están en ese archivador, el de las tapas negras, dice mientras dirige la mirada hacia los anaqueles superiores de la estantería.

Wenceslao Mendizábal, o Wenceslao el maestro, como todo el mundo le conocía en el 4.º Batallón de la 29.<sup>a</sup> Brigada Mixta, perteneció a las Milicias de la Cultura. Poco después de su creación, a comienzos de 1937, se presentó como voluntario en un centro de reclutamiento y se alistó. Tenía entonces 26 años y era el menor de siete hermanos. Wenceslao pertenecía a la FETE y había sido maestro de una escuela rural hasta poco después de estallar la guerra. Su pueblo no quedaba lejos del centro de reclutamiento. Pero ahora, en el pequeño pueblo cercano a la capital, no le espe-

raba nadie. Ni sus padres ni sus hermanos vivían ya en él. Sus padres habían sido fusilados. Y de sus hermanos, poco o nada sabía. Para Wenceslao su pueblo era como la guerra: un lugar inhóspito, cruel y vengativo.

A principios de aquella primavera, continúa Wenceslao, el comisario de División nos reunió a todos los maestros en el patio del cuartel y nos dirigió una alocución. En ella se nos informó de que nuestra principal tarea sería conseguir que todos los soldados aprendieran a leer y a escribir una carta en el plazo de tres meses.